

Atisbos olímpicos: Una decisión inteligente

GERMÁN DEHESA

La inauguración

Una malévola reportera estadounidense mostró a la televisión de su país la flecha semicarbonizada disparada por el buen Toño Rebollo y que, lejos de atinarle al pebetero fue a caer a unos 200 metros del estadio. La típica perfidia norteamericana. El pebetero de que se prendió, se prendió, y de que se vio bonito, se vio bonito. Frente a ese hecho contundente, de nada valen los aviesos rumores de que Rebollo en los ensayos incendió varios barrios cercanos al estadio de Montjuich y aquel otro de que Pemex ya contrató al errático arquero para detectar fugas de gas. Si la envidia fuera tiña.

La verdad, la ceremonia salió a todo dar y entre Hércules, la Caballé (para darle prioridad a los pesos completos) y la música de Theodorakis y las corbatas de la delegación mexicana y la jubilosa y agradecible (defendible) diversidad del mundo y los norteamericanos rumiando su chicle y Juan Carlos diciendo "Meus amics catalans" para que no se encrespara la gleba; con todo eso más una jaca andaluza con la crin al viento, se cocinó una fiesta mediterránea que ahí se queda para ver si la mejoran en Atlanta, Georgia, importante foco cultural que, hasta la fecha, ha producido la planta central de Coca-Cola y la momia de Scarlett O'Hará.

La olimpiada

No conozco muy a fondo las intenciones del gálico Barón que decidió resucitar las fiestas olímpicas. De lo que estoy seguro es de que estas intenciones han sido ampliamente rebasadas, torcidas, negociadas y trampeadas por la cada vez más sólida colusión de intereses financieros, televisivos, comerciales, políticos y tecnológicos que han encontrado en los supuestos juegos de la fraternidad y la amistad una coartada perfecta para forrarse de dólares con la total y nada desinteresada complicidad de los funcionarios del deporte internacional.

Desde Juan Antonio Samaranch que parece (y a lo mejor es) una caricatura perversa de Espinosa Iglesias, hasta Mario Vázquez Raña, pasando por Joao Ha-velange que bien podría ser un monstruo de Frankenstein fabricado en el ISSSTE a pedido de Televisa, no encuentro en ninguno de estos caballeros el menor ímpetu realmente deportivo o lúdico. Lejos de eso, se van pareciendo cada vez más a la familia Corleone. Todo parece haberse convertido en un siniestro ajedrez en el que los atletas apenas son peones que ni ganan ni pierden. Los únicos que en verdad ganan -y ganan mucho- son estos rufianes que, ellos sí, se llevan todo el oro.

Más rápido, más alto, más fuerte

Jugar es hermosísimo e indispensable. Yo juego con las palabras, juego póker (que todavía no se admite como deporte de exhibición) y juego con mi hija de cuatro años. Jugamos oca y baloncesto de sala con una pelota color rojo flamazo y un cesto de papeles. Juegan fútbol en los llanos de mi ciudad equipos domin-gueros que no esperan más presea que unas caguamas que se están enfriando desde los 15 minutos del primer tiempo. Para mí eso es jugar. Lo de las Olimpiadas me parece todo menos juego. En verdad, hasta ganas de llorar me dan al ver -por ejemplo- esas gimnastas de 12 años con espaldas de alijador de Tampi-co, con manos como de María Félix y con un cuerpecito canijo, que termina en unas nalguitas como de lagartija. Todas quieren ser (o parecer) Nadia Comaneci, lo cual me parece un objetivo perfectamente estúpido. Estúpido si lo logran y todavía más estúpido y doloroso si no lo logran. Años de años (y no años cualquiera, sino los milagrosos años de su infancia) dedicados a pegar de brinco como enloquecidas, para que al final venga a resultar que se rompen los dientes en las barras asimétricas o se clavan de cabeza en el ejercicio a manos libres. A las sobrevivientes les dan unas medallas a cambio de su niñez consumida en un gimnasio. ¡Qué bonito juego!

Los verdaderos héroes olímpicos

No son los atletas. Mucho menos los funcionarios deportivos. Tampoco lo serían los reporteros y comentaristas con la probable excepción de Fernando Schwartz (Eschvarts, como le dice Arreóla, ya que su extranjerismo es delicioso) que aguantó con paciencia digna de Cuauhtémoc los manotazos y malos modos de un reportero británico. Hasta yo que soy renombrado pacifista le hubiera someramente partido su flemática madre a punta de microfonazos al anglo-naco. Pero no nos desviemos: yo quiero rendir homenaje a los telespectadores mexicanos. Ellos son (somos) los verdaderos héroes de esta Olimpiada.

Díganme si no hay riesgo enorme e inconmensurable grado de dificultad en el hecho de pasarse dos semanas viendo la televisión (posible muerte cerebral), oyendo las disquisiciones de Jorge Berry (pérdida neuronal!), bebiendo refrescos de lata (diabetes mellitus), ingiriendo comida basura (alza de colesterol y riesgo cardiaco), atestiguando las declaraciones, cónicas y lacrimosas, de atletas y funcionarios mexicanos (extravío onto-lógico, vértigo de Mounier y adelgazamiento de las meninges), contemplando el juego México-Ghana o el de Lavalle contra (es un decir) Aírese (estallamiento hepático e impulsos criminales). Pasarse dos semanas en esto mientras: a) la esposa nos abandona, b) nos corren del trabajo y c) el PRI arrasa con cuanta urna halla a su paso.

Si correr tantos y tan desmedidos riesgos para desembocar en el puritito y olímpico laberinto de la soledad no es heroico, yo no sé qué pueda serlo. Y que conste que dejé afuera los infames comerciales que nos bendicen con la información de que Jesús Mena usa shampoo Pert-Plus, que el Banco de Comercio tomó la inteligente decisión de apoyar a nuestros atletas (es como para que todos retiráramos en masa nuestras cuentas) y que hay un viejito mamón que está esperando que llevemos arreglar nuestro Nissan. No exagero: somos héroes.

Los intelectuales toman la palabra

Ante el unánime fracaso de nuestros aguerridos aguiluchos y por si algo nos faltara, los intelectuales que tarde se les hace para sacarse punta, han aprovechado la olímpica debacle para echarle filosofía al asunto y extraer de nuestra ostensible incapacidad para aventarnos con elegancia a una alberca, o hacer algo decente con una pelota, toda clase de conclusiones a cual más peregrina e insondable. Desde Juan José Arreola (que me cae a todo dar) que se aventó un largo alegato para explicarnos que el Tae-Kwan-Do no le gusta por motivos religiosos y, nomás de pasada, metió a Oswald Spengler en el ajo para llegar a la insólita conclusión de que él -Arreola-mejor ya se iba a retirar de las pantallas porque no había sabido envejecer. Estupefacción general. De todos modos no fue cierto. A la noche siguiente ahí estaba don Juan José fabricando una especie de diálogo de Platón en versión jalisciense para manifestar las bondades del ping-pong.

Bueno, pues desde las peroratas de Arreola hasta los escritos de un columnista de *Excelsior* que -muy basquetbo-lísticamente- pone en misma canasta (de tres puntos) la huelga de la Volkswagen, el asunto de las cuotas en la UNAM, la marcha del doctor Nava, la dolorosísima (ay, sí) renuncia de Fausto Zapata, la pachanga de los vendedores ambulantes y todo esto junto para demostrar que somos un país que ha perdido toda dignidad y toda ética (¿no se la estará jalando?), los intelectuales han entrado en plena ebullición con esto de las olimpiadas. No es que yo me oponga. Cada quien se gana la vida como puede y a mí tampoco me hace la menor gracia que 120 nacionales hayan ido a arrastrar las patas y el honor al considerable costo de 90 mil millones de pesos. Para un país como éste, me parece idiota e infame, pero de eso, a sacar en conclusión que somos una porquería, que no tenemos futuro, ni madre, ni dignidad, me parece que hay un buen trecho. Si a esas vamos, peor es el caso de Estados Unidos que han tenido que morder el polvo frente a un adversario que supuestamente ya no existe, no tiene bandera y le tuvieron que inventar el misterioso nombre de Comunidad de Estados Independientes. Entre el Cantar del Mío CEI y el beisbolístico danzón cubano, Estados Unidos ya tendría que haber desaparecido de la faz de la tierra. Hasta donde yo sé, todavía no es así.

Una decisión inteligente

De hecho, no es una, sino varias. Movido y conmovido no por los capiruchos mentales de la *intelligentia* nacional, sino por el hondísimo dolor de los televidentes, me propongo presentar ante quien corresponda varias mociones que nos den a los mexicanos la seguridad de que en las próximas Olimpiadas no vayamos a hacer el mismo pinche papelito que hicimos en ésta. La primera y más radical sería no asistir. Por lo pronto, nos ahorramos 90 mil millones de pesos que servirían para construir canchas y gimnasios en todo el país para que la raza juegue a gusto. La segunda es menos drástica: asistir, pero que los que vayan se elijan por sorteo entre todos los mexicanos mayores de 16 años. Esta solución es genial: 120 mexicanos podrán ir de gorra al extranjero y si fracasan nadie se los va a tomar a mal. Si por un golpe de suerte alguno gana algo, se le concederá la medalla Belisario Domínguez, se le traspasarán todos los bienes de Mario Vázquez Raña y se le dará la gubernatura de Tabasco. La tercera consiste en comprar negros. Ya lo han hecho casi todos los países. Ya pregunté y con 90 mil millones nos alcanza para diez corredores jamaquinos, 20 beisbolistas dominicanos y tres fondistas kenyanos. Los aclimatamos un año en Veracruz y estoy seguro de que nos darán inmensas satisfacciones. Estas son mis tres propuestas. Ahí piénssele, don Carlos, y llegue a una decisión inteligente.

Epílogo churchilliano

Nunca tantos hicieron tan poco por tantísimos.

Fin de fiesta

(In memoriam Manuel Seyde): en la prueba *antidoping* del *Halcón* García es posible que se encuentren rastros de orina. Todo lo demás será alucinógeno.